

JORGE CARPIZO: UN GRAN MEXICANO

Martha CHAPA

El inesperado y muy lamentable deceso del doctor Jorge Carpizo nos obliga a pensar en sus múltiples y valiosas aportaciones al país. Y recordar, a la vez, que fue un mexicano respetado y constructivo. Un humanista, un constitucionalista, un servidor público al que no le interesaba el aplauso, sino las convicciones.

Su obra, en conjunto, nos muestra lo mismo a un brillante académico que a un autorizado jurista, a ese defensor de los derechos humanos y servidor público de excepción.

Por eso, cuando fallece un ser humano que ha entregado tanto a su propia tierra, sentimos de manera especial su pérdida, porque quisiéramos que individuos de esa talla no desaparecieran nunca. Y nos duele aún más su muerte, por sorpresiva y prematura —apenas iba a cumplir 68 años—, además de que ocurrió en momentos difíciles para nuestra nación, quedando ayuna de su voz autorizada, de sus análisis ponderados y lúcidos.

Cómo no recordarlo, por ejemplo, al frente de la Rectoría de la Universidad Nacional Autónoma de México, abriendo espacios críticos para la discusión del presente y el futuro de esa gran institución mexicana y de México mismo. O bien inaugurando las tareas vinculadas a la protección institucional de los derechos humanos en México, como primer titular de la Comisión Nacional en la materia. Asimismo, ya como procurador general de la República o secretario de Gobernación, en las recias tareas, donde tuvo que enfrentar y resolver complejos asuntos públicos, que incluso derivaron en intensas polémicas, sobre las cuales se impuso con la razón de la ley, la pertinencia de sus argumentos y el compromiso con el deber.

Sin duda, fue uno de los juristas más importantes, no solo reconocidos en México por sus vastos conocimientos como constitucionalista, sino por su prestigio y honestidad más allá de nuestras fronteras. En fin, un hombre que nos dio con generosidad muestras múltiples de su sólido saber.

Su carrera fue también muy brillante en la UNAM: abogado general, coordinador de Humanidades, director del Instituto de Investigaciones Jurídicas y rector de la propia universidad.

Y por igual, en las instituciones públicas ya como ministro de la Suprema Corte de Justicia o embajador de México en Francia.

Creía en el talento, especialmente de los jóvenes, y lo promovía donde los detectaba.

Su deceso nos obliga igualmente a pensar en su amistad. Un día, por ejemplo, me invitó a presentar ese libro de su autoría que causó polémica: *Anatomía de las perversidades*, escrito con tal valentía, que a su vez nos obligaba a serlo.

Tuve así, el privilegio de disfrutar de su enorme cultura y de su sensibilidad. Me deleitó invariablemente con sus crónicas de viajes y disfruté su pasión por el arte, particularmente la pintura, de la que se convirtió en todo un erudito. Y con frecuencia estuvo presente amistosamente en algunas de mis exposiciones.

Jorge, mi amigo, adoró a su familia, especialmente a sus sobrinos, que eran como sus hijos. Pulcro y disciplinado en su dieta, todas las mañanas tomaba una avena, que siempre nos recomendaba (el de una bolsa), porque tenía más fibra... y porque se la preparaba muy bien Mary, con agua. Comía mucho pescado. Lo recuerdo junto a su inseparable sombrero, que lo acompañó siempre. Era un lector voraz. Recuerdo que admiraba a Rimbaud y a Julio César, entre otros muchos personajes.

Estuvo por cierto en el programa que Alejandro, mi compañero y yo, hicimos en El Sabor del Saber.*

En lo personal, sentí mucho su partida, pues más allá de admirar y respetar su tan destacada trayectoria, tuve el privilegio de conocerlo y establecer una amistad con él y su familia. Lo tengo muy presente en varias comidas, tanto en mi casa como en la suya, con grupos de amistades mutuas, donde las sobremesas, gracias a sus sensatos e ilustrados comentarios, resultaban no solo amenas, sino aleccionadoras para todos los comensales.

En esos encuentros tuve el gusto de conocer y tratar también a su señora madre, una mujer inteligente, generosa y experta cocinera de ricos platillos, muchos de ellos con el sabrosísimo sello de la cocina campechana. Por cierto, mi reconocimiento hacia ella me llevó a pintar su retrato, que mucho me agradecieron y ubicaron en uno de los lugares predilectos de su casa, para orgullo mío.

* Me encantaría que lo vieran... (www.marthachapa.net).

Debo referirme también a la insustituible Mari, inseparable asistente del doctor Carpizo, que lo auxiliaba incluso en los menesteres culinarios, y de quien guardo gratísimos recuerdos. Una mujer muy cercana a él, y a quien mucho apreciaba, e incluso llegó a prologarle su libro de cocina, inspirado en los deliciosos platillos de nuestra gastronomía tradicional.

Y tengo presentes otros muchos y entrañables recuerdos, como la exhibición de mis pinturas en Francia, que el doctor Carpizo tanto apoyó cuando fue embajador de México en esa nación. Viene a mi mente aquella exposición inolvidable que se montó en uno de los mejores hoteles parisinos: el Plaza Athénée, y que se combinó con un festival de cocina francomexicana, en el cual participé. Recuerdo en esa ocasión la presencia del notable escritor Fernando del Paso, quien como agregado cultural de México en Francia pronunció el mensaje oficial de apertura.

En fin, un hombre de leyes, y desde luego “amigo campechano” y apasionado de México, reflexivo, y de evidente rectitud, como lo pudimos comprobar hasta el último momento, en su velatorio de las salas del ISSTE. Y que siempre se sumó a ese Estado democrático de derecho, que tanto anhelamos, en donde nada ni nadie deben estar por encima de la ley. Y qué más decir de esos libros que nos legó con sus enormes saberes.

Por tanto, recibió todo tipo de reconocimientos aquí y en el extranjero. Por mencionar algunos, los doctorados Honoris Causa de la Universidad de Tel Aviv, de la Complutense de Madrid o de la Calgary de Canadá. Y también, significativamente, de otros centros educativos de enseñanza superior: de la Autónoma de Campeche, su tierra natal, así como la de Querétaro o la de Colima, entre otras. Jorge Carpizo fue pues un excepcional universitario, conocedor de la historia de nuestra nación, ameritado hombre de las instituciones públicas y un amigo excepcional.

Se fue Don Jorge y nos queda un acentuado sabor agridulce, pues si bien es muy dolorosa su partida, atesoramos su herencia intelectual y cultural, su pensamiento, palabra, obra, y acción ejemplar... y aquellos encuentros fraternales e inolvidables a la hora de la mesa.